12

COMEDIA NUEVA:

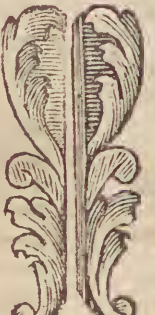
EL SITIO DE TORO, Y NOBLE MARTIN ABARCA.

DE UN INGENIO.

PARA REPRESENTARLA LA COMPAÑÍA DE EUSEBIO RIBERA EN LA PASCUA DE PENTECOSTES DE 1791.

INTERLOCUTORES.

Don Martin de Abarca.........	*Sr. Manuel Garcia Parra.*
Garcia de Rada..................	*Sr. Felix de Cubas.*
El Rey Don Pedro...............	*Sr. Rafael Ramos.*
Guillen Ximenez.................	*Sr. Tadeo Palomino.*
Mendo de Lara...................	*Sr. Juan Codina.*
Nuño de Castro....................	*Sr. Manuel Torre.*
Leonor su hija....................	*Señora Juan Garcia.*
Doña María Padilla.............	*Señora Andrea Luna.*
La Reyna Doña María.........	*Señora Josepha Luna.*
El Infante Don Juan...........	
Soldados de Don Pedro.........	
Soldados Toresanos..............	



LA ESCENA EN TORO Y SUS INMDEIACIONES.

JORNADA PRIMERA.

Mutacion de Campo: vista á lo lejos de la Ciudad de Toro, y por la parte opuesta del Acampamento del Rey Don Pedro, salen Don Martin y Don Garcia: noche.

Garc. ¿A dónde, Martin valiente,
dexando tan sin defensa
de Toro los altos muros,
caminamos entre espesas
sombras, que la noche obscura
confusamente bosteza?
¿No reparas que este sitio,
cuya intrincada maleza
la luz del Sol dificulta,
tan vecino está, tan cerca
del campamento enemigo,
que desde él hasta sus tiendas
apenas habrá cien pasos?
Pues ¿por qué causa te arriesgas
tanto? Que aunque tu valor
nunca admitió competencia,
no son las temeridades
dignas de aplaudirse.
Mart. Cesa
Garcia, y oye la causa
que á este peligro me empeña.
Doña María Padilla,
á cuya gracia y belleza
ha rendido la fortuna

todo el poder que en sí encierra,
se halla en el Campo del Rey
donde todos la respetan.
Esta, pues, me vió en Sevilla,
quando á seguir las Vanderas
del Rey Alfonso el Onceno,
vine de Navarra: en ella
hallé un agrado decente,
que sin rayar en llaneza,
haciéndome muy bien quisto,
dió de amor algunas señas.
Murió Alfonso, y le sucede
Don Pedro, cuya entereza
es bien notoria, pues nada
puede moverle á que ceda
de lo que una vez emprende,
llevado de la apariencia
de justicia, con que algunos
el gusto le lisonjean.
El amor á la justicia,
el zelo por su grandeza,
(prendas dignas de que brillen
en la autoridad suprema)
han traspasado la raya
en que la virtud se encierra;
porque la lisonja infame,
que por desgracia rodea
al Rey Don Pedro, ha encontrado
en su genio franca puerta
para hacer que sus virtudes
con falso color se excedan.
De aquí han nacido las muertes
de personages de cuenta;
de aquí el ser inexôrable
contra todo el que detesta
los influxos de la envidia,
y adulacion baxa y fea,
creyendo que á su justicia
se oponen: y así, la Reyna
naturalmente inclinada
á la piedad y clemencia,
abandonando la Corte,
se vino á Toro, y en esta
Ciudad, que es suya, ha resuelto
vivir en paz sin ofensa
de su hijo el Rey, ni del Reyno,
por quienes está dispuesta,
como amante de la Patria,
á sacrificar su hacienda.
Pero el Rey mal informado,
y creyendo que la Reyna
á su autoridad se opone,
tomar la Ciudad intenta
y agregarla á la Corona,
siendo su dote y herencia.
Nosotros la defendemos,
y amparamos la inocencia
del tierno Infante Don Juan,
cuya persona se arriesga,
si el Rey, como está empeñado,
de la Ciudad se apodera.
Nuestra lealtad no emprende
contra el Rey injusta guerra;
pero sí defenderemos
con constancia y entereza
el testamento de Alfonso,
los derechos de la Reyna,
y sin agravio del Reyno
las dos mas preciosas prendas
que la fiel Ciudad de Toro
ampara con sus almenas.
Mas volviendo á la Padilla,
(que es el punto que interesa)
ayer, pues, esta Señora
por una espía secreta,
me aplazó para este sitio;
no comprendo lo que pueda
querer; mas vengo á saberlo;
y por si acaso es cautela,
en el confuso boscage
de esta incúlta umbrosa selva
hice esconder un volante
Cuerpo de Milicia nuestra,
para poder defenderme,
si algo en mi daño se intenta.

Garc. En fiar de una muger
no sé, Martin, si lo aciertas:
pero hácia aquí llega un bulto.

Mart. Pues ocultate en la espesa
frondosidad de esas ramas,
hasta que yo dé la vuelta.

Vase Garcia y sale Doña María Padilla.

Maria. Aunque de la fria noche
es la obscuridad tan densa,
un hombre, si no me engaño,
creo que hácia mí se acerca.
Mart. Quién vá?
Mar. Ya la voz conozco:
quien siente daros molestia
tan grande.
Mart. Los Caballeros
de mi obligacion y prendas,
hermosa Doña María,
siempre nacen con la deuda
de obedecer á las damas,
y me agravia, si es que piensa
vuestra beldad, que el serviros
mi noble pecho molesta.
Mar. Estimo como es razon
la cortesanía vuestra;
y para no perder tiempo,
sabed que yo, solo atenta
á vuestros merecimientos,
vengo, á aseguraros tierna
de que el Rey mas irritado
con la obstinada defensa
que haceis, está ya resuelto,
aunque todo el Campo pierda,
á no levantar el sitio;
pero lo que mas anhela
es haberos á las manos,
mas que al Infante y la Reyna.
Con harto dolor lo lloro;
pero es tan fuerte y violenta
su condicion, que al consejo
y á la persuasion se niega.
Sin embargo, yo os prometo
que en quanto en mi arbitrio quepa
obraré en vuestro favor:
asegurad mi fineza
á la Reyna, esto os suplíca
mi pecho, que dando muestras
algun dia :::: mas dexemos
recuerdos que desconsuelan.
Id con Dios.
Mart. Señora mia,
en mi alma tan impresas
quedan las obligaciones
que os debo, que apeteciera
ocasiones en que daros
de mis gratitudes pruebas;
pero soy tan infelíz
que ni eso debo á mi estrella.
Quedad con Dios, solo ofrezco
el procurar que agradezca
la Reyna vuestro cuidado.
Mar. Guardad vos vuestra cabeza
sobre todo, porque el Rey
vuestro fin solo desea.
Mart. Cumpla yo mi obligacion,
y lo que viniere venga,
que nunca es el hombre dueño
de lo que la suerte ordena. *vas.*
Mar. ¡Nunca yo, jóven gallardo,
para mi dolor te viera!
¡Nunca á Navarra dexáras!
¡Nunca á Castilla vinieras!
Yo me acuerdo que algun dia
escuché de tí ternezas,
que si entonces fueron dichas,
ya se trocaron en penas.
Perdí el honor: tanto hicieron
mi ambicion, y la violencia
del Rey Don Pedro; y ahora
escándalo de la tierra
tan miserable me veo,
aunque todo se gobierna
por mi mano, que yo propia
me compadezco á mí mesma.
Mas yá las aves saludan
con sus dulcísimas lenguas
el alva, que atropellando
de las sombras las tinieblas,
de líquido aljofar baña
el monte, el prado y la selva.
Del verde caliz las flores
rompen la prision estrecha,
y de suaves aromas
la region del ayre llenan.
Yá en circulos de oro y grana
el Sol, dexando la inmensa
cama del vasto Oceano,

tiende la roxa madeja.
Dexan el redil nudoso
las timidas ovejuelas,
y de sus concavas grutas
salen al campo las fieras,
todo el rubio Apolo ilustra,
cuya benigna influencia
con dulce calor anima
toda la naturaleza.
Qué objeto tan agradable
es mirar :::: pero ya suenan *caxas.*
las caxas, dando señal
de que la Tropa despierta;
y así, ántes que reconozcan
que faltar pude en la tienda,
y ántes que el Rey se levante
quiero dar al Campo vuelta. *vas.*

Magnifica Sala de armas, en cuyas paredes se ostentarán colgadas muchas lanzas, espadas, flechas &c. En sus quatro ángulos habrá quatro grupos que representen vanderas, caxas, morriones, broqueles y demás arneses militares: rematando de suerte que en cada uno de ellos se perciban los siguientes Lemas: *En el I. dirá* Decus in armis: *En el II.* Tuentur & ornant: *En el III.* Ex hostibus & in hostes: *En el IV.* Ad summa per imma. *En el fondo del Teatro sobre alto pedestal, estará la estatua de la Fama con un clarin en la mano derecha, y en la siniestra un grande targeton, donde dirá:* Cætera mortis erunt:

Salen Nuño y Leonor.

Leon. Padre y Señor, ¿vos tan triste,
tan turbado, tan suspensa
la acion, y el labio tan mudo?
¿Qué teneis, decid, que pueda
sacaros á vos de vos?
No os merece una respuesta
quien con tanto extremo os ama,
y tan rendida os venera?
Nuñ. Leonor, son tantos cuidados
los que mi pecho rodean,
que con ser grande, no puede
con ellos mi fortaleza;
no siendo el tenerte á tí
la mas leve de mis penas.
Leon. ¿Qué escucho? ¿Sí habrá sabido
que fino me galantea *ap.*
Don Martin de Abarca? Pero
apuremos la materia.
No entiendo lo que decis,
ni comprendo quales sean
motivos que de mí nacen,
y vuestro sosiego alteran.
Nuñ. Si sabes, Leonor, si sabes
que Escudero de la Reyna,
me intereso en su fortuna
mas que en la mia pudiera:
si sabes que el Rey Don Pedro
de tal modo nos estrecha,
que ni esperanza al socorro
por ningun lado nos queda,
¿qué ha de ser de tí y de mí?
¿Te parece si son estas
razones para estar triste?
Leon. Bien reconozco su fuerza;
pero el noble á la fortuna
ya favorable, ya adversa,
ha de hacer igual semblante:
hagamos de parte nuestra
quanto en nosotros consista,
y lo demás corra á cuenta
del Cielo, que él abrirá
á nuestro alivio la puerta.
Nuñ. ¡Oh quánto esos sentimientos
tan generosos consuelan
mis canas! Muestra, hija mia,
que la sangre de mis venas
heredaste.
Leon. Tú verás,
como nunca degeneran
en mí los altos blasones
que debí á mi cuna excelsa.
Nuñ. Tambien estoy cuidadoso
de lo que una centinela
me dixo, habrá poco rato;
y es que con tropa pequeña,
de la obscuridad valido,

salió de la fortaleza
Martin de Abarca; ese jóven
heroico en quien se ostentan
las calidades mas altas
que un ilustre pecho encierra.
Leon. ¿Oh cómo á un amante pecho
los elogios lisonjean, *ap.*
de lo que ama! Mas decidme,
¿la causa de que saliera
no sabeis?
Nuñ. No, Leonor mia;
y por quien soy, que sintiera
en el alma que algun lance,
cebando el brio que alienta,
le empeñase de tal suerte,
que con él se le perdiera
á Navarra el mejor hijo,
y á esta Ciudad su defensa.
Por esto á la Sala de armas
he venido :::: mas él llega.
Sale Don Martin.
Mart. ¿Nuño de Castro? ¿Leonor?
Nuñ. Don Martin, tengo mil quejas
que daros.
Mart. Serán de amor,
pues sé quanto os interesan
mis cosas.
Nuñ. Esa razon
mis sentimientos accendra;
pues sabiendo lo que os quiero,
quando la persona arriesga
vuestro valor, me dexais
en la Ciudad.
Mart. Bueno fuera,
que ella quedase sin quien
suplir mis faltas pudiera:
yo sé que mientras en Toro
esteis, habrá una cabeza
que mejor que yo gobierne,
y sus murallas defienda.
Nuñ. Cada dia me poneis
en obligaciones nuevas.
Leon. Por lo menos no podreis
pagarnos, Martin, la pena
y cuidado que esta noche
nos ha dado vuestra ausencia
de la plaza.
Mart. Perdonadme
el que os diga, Leonor bella,
que haceis mal en descubrirme
cuidado que tanto os cuesta;
que el gusto de deber tanto
mas á arriesgarme me empeña.
¿Pero que lejanas caxas *caxas á lo*
la quietud del ayre alteran? *lexos.*
Nuñ. Iré á saberlo, esperadme. *vas.*
Mart. Pues la ocasion se presenta,
no quisiera malograrla
sin decirte, que en la fiera
situacion en que me ponen
los acasos de la guerra,
tu amor solo es el que mas
mi corazon atormenta.
Leon. Tal dices, ¿quando no ignoras
que en recíprocas finezas
solo de quererte vivo?
Mart. Mi mayor desgracia es esa.
Leon. ¿Cómo?
Mart. Ignorando el destino
que la suerte me reserva,
y quando dos almas arden
tan conformes en la hoguera
de un puro amor, no tener
de sí mismas dependencia,
hace que quanto mas fuerte
sea la union, mas se sienta
la incertidumbre en gozar
un bien que tanto se aprecia.
Leon. No pende amor de la suerte,
sí del alma, y nunca en ésta
dominan las inconstancias
de la fortuna.
Mart. Si fueran
como tú todas las damas,
el amor sería escuela
de dulces satisfacciones,
donde el alma :::: Mas la Reyna.
Sale la Reyna.
¿Qué es esto, Señora mia?
¿Por qué causa, quando apenas
tiende sobre el Orizonte
el Sol la roxa melena,

dexais el lecho?

Reyn. Martin,
mas que no descansa, vela
quien con tanta inquietud vive;
esto, y el oir que suena
á lo lejos el estruendo
de militares tareas,
me hace venir á saber
la causa.

Mart. Con esa idéa
nos dexó Nuño de Castro.

Reyn. En él, y en vos tengo puesta
la esperanza de mi alivio.

Mart. Vos vereis que desempeña
nuestro valor la confianza:
de mí os sé decir, que mientras
el aliento con que vivo
no desampare la estrecha
carcel del cuerpo, sabré
defenderos, aunque lluevan
sobre mí mas enemigos
que átomos el Sol calienta.

Reyn. Todo lo creo de vos;
pero es justo que se tema
nuestra situacion.

Mart. Es triste,
porque no es posible venga
á socorrernos alguno:
de viveres la indigencia
nos aflige demasiado,
y el Rey cada dia muestra
mayor empeño en rendirnos.

Reyn. ¡Oh ambicion! y cómo ciegas,
y haces se rompan los lazos
que ligó naturaleza.

Mart. No os apasioneis de suerte,
que en la fantasia crezca
el dolor: hoy mismo intento,
mediante vuestra licencia,
capitular, por si puedo
aseguraros.

Reyn. Tengo esa
diligencia por inútil;
mas si todo nos violenta,
á precision tan indigna
resolved como os parezca.

Mart. Es hijo vuestro, y hermano
del Infante, y en la hoguera
de la sangre no se apagan
nunca todas las centellas;
mas si acaso inexôrable
á mis ruegos, manifiesta
crueldad, y reducidos
nos miramos á la extrema
necesidad, de la noche
validos, hasta la tierra
de Portugal pasaremos,
y si fuesen las estrellas
tan tiranas, que ni aún esto
á nuestra afliccion concedan,
cumpliremos con morir;
pero antes:::: mas Nuño llega.

Sale Nuñ. Asomado desde el muro
en las mas altas almenas,
registré el Campo enemigo,
y ví que por las riveras
del Duero, se ván tendiendo
Cuerpos de Tropas diversas.

Mart. Eso es cortar el remedio
que con sus hondas franquea
el rio á nuestro sustento,
y es preciso con cautela
ó valor desalojarlos;
pero hasta entonces paciencia.

Reyn. Vamos, Leonor.

Mart. Nuño, vamos;
¡oh! los altos Cielos quieran
que venza, ó que las murallas
de Toro mi tumba sean.

Acampamento, y en el fondo del Teatro magnifica Tienda del Rey, quien sale con Doña María, y Don Guillen.

Rey. Doña María, Guillen,
dexadme, ninguno intente
consolarme: no es posible
que esta colera se temple.
Una Ciudad miserable,
¿será sola la que niegue
tributos de mi Corona
á los augustos laureles?
Vive Dios que de su ruina

tengo de hácer que no queden
indicios, que á los futuros
siglos su memoria acuerden.
Mar. Nunca, Señor, se contrasta
lo que dispone la suerte.
La Ciudad, si no hoy, mañana
será fuerza que se entregue,
pues á mas de que socorro
es imposible que espere,
el hambre, si no las armas,
domará sus altiveces.
Guil. Todos los pasos del Duero
están tomados: no pueden
sin rendirse los sitiados
largo tiempo mantenerse.
¡Ay Leonor! solo tu pena *ap.*
es la que mi pecho siente.
Rey. Sin embargo, su caudillo,
que á pesar de los rebeses
de la fortuna se muestra
tan esforzado y valiente,
de tal modo los anima,
que nuevos hombres parecen
cada dia: no hay salida
que no derrote mis huestes,
que yá de su nombre tiemblan.
¡Oh! quiera Dios concederme
verlo á mis plantas: entonces
mas pedazos he de hacerle
que luces doran el manto
del firmamento celeste.
Mar. Permitidme, gran Señor,
suplicaros se modere
vuestro rigor con Abarca;
pues si porque se defiende
con teson tan valeroso
vuestros enojos merece,
dais mal exemplo á la Tropa,
porque arriesgais que se enseñen
á ser cobardes, Soldados
que serlo de Marte pueden:
además de que la fama,
quando por el orbe vuele,
dirá que para con vos
es delito el valor.
Rey. Cese
vuestro labio: yo no quiero
que ninguno me aconseje.
Guill. Eso es mirar por vos mismo.
Rey. ¿Me he de enojar?
Mar. ¡Qué desdenes! *ap.*
Guill. ¡Qué crueldad! *ap.*
Sale un Soldado. D. Martin
de Abarca, Señor, os quiere
hablar, y el seguro aguarda
de vuestra licencia.
Rey. Que entre. *vase el Soldado.*
Sale Don Martin.
Mart. Permitidme, ó Pedro invicto,
que vuestra Real mano bese.
Rey. Alzad del suelo, y decid
lo que quereis brevemente.
Mart. La Reyna Doña María,
vuestra madre, no pretende
ya que los Campos de Toro
arroyos de sangre rieguen:
ella os hará luego dueño
de la Ciudad: solo quiere
por condicion el permiso
para poder retraherse
con vuestro hermano el Infante
á Portugal, y que queden
asegurados:::
Rey. No mas;
advertid, si no rindiereis
todos á mi voluntad
la cerviz inobediente,
que he de hacer tal escarmiento
que la fama lo celebre.
Mart. No tanto, Pedro famoso,
del rigor llevar se dexe
la Magestad; pensad que
la naturaleza ofende
quien á sus padres les niega
el socorro: que los Reyes
no están exêntos por tales
de obligacion tanta; templen
vuestra saña los exemplos
que á la vista el mundo ofrece;
las fieras que el monte abriga,
las aves que el viento mecen,
son con los padres piadosas;

no vereis que el duro diente,
ni los encorvados picos,
unas ni otras ensangrienten
en quien el sér les ha dado,
ántes amantes proceden
con ellos, porque además
de ser comun en la especie
el cariño, impuso el Cielo
tan general :::

Rey. Ea, cesen
tan necias sofisterías,
pues de tal modo me encienden,
que á no mirar el caracter
puede ser que os respondiese
de manera que os pesase;
y pues reportarse debe
mi colera á vuestro arrojo,
le respondo de esta suerte.

Vanse todos menos Martin y Guillen.

Mart. Cerróse todo el auxîlio;
mas pues remedio no tiene,
al último extremo, Cielos,
mi heroyco pecho apele.

Guill. Don Martin, mucho me pesa
el desayre; mas si hiciereis
por mí una fineza sola,
yo os aseguro que queden
las cosas en un estado
el mas dichoso que puede
presentaros el deseo.

Mart. Yo os juro que exâctamente
cumpliré quanto gustareis.

Guill. Pues no puedo detenerme
ya mas por seguir al Rey;
lo que quiero es solamente
que hagais que Leonor de Castro
sea mia: lo que hiciere
para lo que he prometido,
os lo diré quando llegue
la ocasion; quedad con Dios,
y él vuestra vida prospere. *vas.*

Quédase un rato suspenso.

Mart. O yá de sentir no siento,
ó son mis penas de suerte
que en el corazon no caben
por grandes y por crueles.
Pero no es este parage
para que á mis solas piense
qué debo hacer: acercarme
á la Ciudad me conviene.

Mientras entra por un lado, y sale por otro, se corre el telon, y se vé en el fondo del Teatro, ó aún lado, la Ciudad con muros y puerta en medio.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Oh mal haya una mil veces
el ignorante que jura *andando.*
cumplirá lo que otro quiere,
sin saberlo de ante mano!
¿Pero pueden ser las leyes
del juramento tan graves,
que á tal extremo sujeten?
¿Yo he de obrar contra mí mismo
solicitando mi muerte?
¿La razon no lo repugna?
Sí; pues cómo resolverme
podré, dexando los proprios,
á procurar intereses
agenos, y de tal casta
que toda el alma me cuesten?
¿Mas qué es lo que necio digo?
¿Nó lo juré? Y aunque fuese,
mi promesa sin jurarla
¿no era ¡ay de mí! suficiente
para obligarme la fuerza
de mi palabra? ¡Valedmé,
Cielos, que en mil confusiones
todo el discurso se pierde!
¿Pero si Leonor no es mia,
de qué modo, de qué suerte,
he de cumplir una cosa
que no puedo? sutilmente
arguye amor en su causa:
pero la razon me hiere
con sus luces, pues me dice
que ya mi pecho no puede
amar á Leonor hermosa
sin rayar en delinqüente:
debo procurar tambien
que su mismo padre medie
para hacerla agena. Cielos,
aunque piadosos me dieseis

la constancia de los bronzes,
poco fuera, á quien suceden
tan trágicas desventuras.
¡Todo mi valor perece!
El alma de la prision
que la encierra salir quiere,
por no sufrir un linage
de penas tan vehementes.
Pero ya que no hay remedio,
y la desdicha me vence,
constancia valor heroyco,
ánimo corazon fuerte,
que para los infelices
está el remedio en la muerte.

Caxas y clarines: por la puerta de la Ciudad sale Garcia.

¿Pero qué escucho? ¿qué veo?,
el Campo del Rey se mueve
y en compuestos Esquadrones
se van formando las huestes:
sin duda el asalto intenta.

Garc. ¿Martin?

Mart. ¿Garcia, qué tienes?

Garc. Viendo desde la muralla
que el enemigo pretende
asaltarnos, segun son
los movimientos que exerce,
hizome que te avisára
Don Nuño.

Mart. A buen tiempo vienes:
yá sabes la oculta mina
que de copados laureles,
intrincado laberinto,
cubre la maleza verde:
esta, pues, que en tiempo antiguo
se congetura sirviese
para salir sobre el Duero,
pues de sus orillas bebe
los fugitivos raudales,
está dispuesta de suerte,
que por ella Nuño y tú,
quando el asalto comience,
habeis de salir, y dar
en el enemigo: advierte
que entonces yo de la Plaza
saldré, y de este modo prueben
cogidos en medio, estragos
que su osadía escarmienten.

Entran en la Ciudad, y salen el Rey, Don Guillen, y los Soldados que pudieren con escalas y demás pertrechos de asaltar. Las murallas de la Ciudad estarán coronadas de Tropas.

Rey. Ea, Exercito mio,
esta es la empresa que á tu brazo fio:
esa Ciudad altiva,
porque mi gloria inmarcesible viva,
caiga en ruinas deshecha,
si estos cortos instantes no aprovecha:
sienta que soy Rey suyo,
que en su castigo mi poder arguyo:
corran de sus soberbios naturales
por todas partes rios de corales;
ni edad, ni sexô sea
privilegio infelíz, porque se vea,
que pues á todos por traidores tengo,
en todos ellos vengo
la injuria recibida
de su altivéz ingrata y fementida.
Prueben de mi rigor las iras; pero
haz llamada primero,
Guillen, al alto muro,

porque así mi razon mas aseguro.

Guill. ¿Ha del muro de Toro?

Nuño, Garcia y Martin en la Muralla.

Mart. ¿Quién me llama?
Que yo respondo, porque en mí se halla
de esta Ciudad la mas fuerte muralla.

Guill. El Rey Don Pedro dice
que entregues la Ciudad; pues infelice
ni socorrerse espera,
ni puede alimentarse; de manera
que al cabo ha de ser fuerza el rendimiento
del hambre atroz al barbaro tormento.
Aprovechad la pia
disposicion del Rey, que si porfia
vuestro obstinado arrojo,
sereis vil escarmiento de su enojo.

Mart. Si acaso no dispones
que se cumplan las justas condiciones
que yo al Rey he propuesto,
es error manifiesto
que entregue la Ciudad encomendada
al valor de mi pecho y de mi espada.

Guill. ¿Quién ha de socorrerte?

Mart. Alivio espero
de Dios, de la razon y del acero.

Guill. Desesperado intento
es el tuyo, Martin.

Mart. El escarmiento
os dirá quanto puede un buen Navarro
quando le anima espíritu vizarro.

Rey. No mas, no mas, Don Guillen,
yá es injuria que tolere
tanta arrogancia. Soldados,
al muro, al muro; no quede
tanto agravio sin castigo.

Al decir el Rey al muro, asaltan sus Soldados la Ciudad con arrojo. Los sitiados disparan todo género de armas arrojadizas, como lanzas, piedras, flechas &c. Vense caer algunos de las escalas que aplican, y se hace una defensa lo mas bien imitado que pueda ser. Los asaltadores para defenderse se valdrán de rodelas, y quando llegue el caso aplican todo el intento en romper la puerta por medio de los arietes, que son unas vigas que rematan en una cabeza de carnero que imite ser de bronce: las manejan los Soldados que basten; los demás con las rodelas los cubren de las armas que despiden de las Murallas; se oye crugir la puerta á los golpes del ariete, y quando ya rompe totalmente, aparece en ella Martin defendiendo el paso.

Mart. Cobardes, en vano entiende
vuestro temerario arrojo
rendir la Ciudad, que tiene
un heroe en cada hombre
que sus Murallas guarnece:
ánimo, amigos, y mueran.

con toda ignominia.
Rey. ¡Oh pese
á mi colera! y pues tantas
del muro defensas llueven,
las maquinas aplicad
Combaten las puertas en la forma dicha.
á la puerta, y los aleves,
los últimos escarmientos
de mi justo teson prueben.
Mart. Nuño, Garcia, al instante,
ya que prepara la suerte
ocasion tan ventajosa,
pues ya del asalto ceden,
y á la puerta aplican todo
su esfuerzo, salid valientes
por las escusas, que yo,
mientras el muro defienden
aquestos nobles Guerreros,
por si la fortuna quiere
favorecer atrevidos,
baxaré, y constantemente
sabré defender la puerta,
y ó bien libre el paso dexen,
ó bien lo impidan, al punto
que vuestros golpes crueles
sobre ellos sientan, saldré.
Retiránse del muro, Nuño y Garcia con algunos Soldados.
Garc. No hay perder tiempo.
Mart. Ea, fuertes
adalides, la constancia
seguro el triunfo promete. *vas.*
Rey. ¿Cómo se resiste tanto
al impulso del ariete?
Caiga en menudos fragmentos::::
pero ya crugir se sienten
arrancados de su centro
los goznes; ya se estremece:
ánimo, Soldados mios,
que ya toda á tierra viene.
Cae la puerta.
Las maquinas se retiren,
y prontos y diligentes
animados de valor,
sin que el peligro os refrene
entrad, y sea el acero
la guadaña de la muerte.
Mart. Eso será si mi brazo
valeroso lo consiente.
Presentáse Martin en la puerta con espada y rodela.
Rey. ¿Cómo neciamente altivo
el paso impedir pretendes?
Mart. Como mi valor jamás
peligro ninguno teme.
El suceso lo dirá.
Rey. Pues muera el pérfido aleve
que tan soberbio :::
Acométenle y se defiende; y salen al mismo tiempo por fuera de la Ciudad, Nuño, Garcia y Soldados, sorprenden los enemigos, y sale Martin con Tropa y se traba la batalla.
Nuñ. Garcia,
mueran todos.
Garc. Nadie quede.
Rey. Soldados mios, ahora
la ocasion el valor pruebe.
Mart. Salid nobles Campeones,
y el siempre constante, siempre
ánimo determinado
vuestros aceros gobierne.
Soldado 1. No es posible resistir.
Rey. ¡O que infelíz es mi suerte!
Guill. Huyamos, Señor, huyamos,
que el peligro es evidente.
Rey. Ya lo veo: ea Soldados
la retirada conviene;
pero sea con honor.
Garc. Nadie vivo á quedar llegue.
Nuñ. A ellos.
El y Soldado. Victoria, victoria.
Mart. Eso sí; ninguno espere
sino ser trágico asunto
de la inexòrable muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Salon grande: salen la Reyna y Leonor.

Leon. Bien escarmentado queda

el Rey.

Reyn. Por la misma causa
es su rigor mas temible,
porque su soberbia es tanta
que del recibido ultraje
hará empeño á la venganza,

Leon. Sin embargo, gran Señora,
entre tanto puede que abrá
el Cielo camino alguno
á desdichas tan tiranas.

Reyn. Aunque parece increible
lo que Don Martin de Abarca,
y tu padre están haciendo
en mi defensa, se acaba
la guarnicion, crece el hambre,
y todo el valor desmaya;
y ahora porque á ver voy
al Infante, que aún descansa,
quédate á Dios, Leonor mia. *vas.*

Leon. El prospere edades largas
vuestra vida ¿Quándo, Cielos,
dareis á mis tristes ansias
alivio?

Sale Mart. Nunca, Señora,
porque quando es tan ingrata
la fortuna, de su ceño
jamás las iras se cansan
en afligir al que elige
para objeto de su varia
condicion.

Leon. ¿Qué estilo es ese
tan respetuoso? Palabras
tan graves, ¿son expresiones
de un corazon que me ama?

Mart. ¡Ay Leonor! que tú no sabes
que cruelmente maltrata
mi pecho la precision
de tratarte así.

Leon. Inconstancia
será tuya.

Mart. No por cierto.

Leo. ¿Pues qué puede ser? No á pausas
me mates, ¿dime, qué tienes?

Mart ¡Que te he perdido! ¡Oh mal ha-
tan infames precisiones! (yan

Leon. ¿Cómo es el perderme? Acaba
que mi tierno corazon
con las dudas despedazas.

Mart. Pues respondeme sencilla:
¿qué has amado en mí?

Leon. Las raras
prendas que en tí se distinguen,
la nobleza que te esmalta,
el amor á la virtud,
el honor, la sangre hidalga,
y finalmente los dotes
con que te adornó bizarra
la naturaleza.

Mart. Y dime,
si por ventura faltáran
en mí las prendas que dices;
si acaso á verme llegáras
infame, mal caballero,
y obscurecida mi fama,
¿me quisieras?

Leon. No por cierto;
pues á tan ilustre llama
faltaría la materia.

Mart. ¿Y á que extremo te arrojáras
por salvar mi honor?

Leon. A quanto
cabe en las fuerzas humanas.

Mart. Pues escucha. Don Guillen
Ximenez es de tus claras
luces amante despojo;
el me prometió hacer salva
la Ciudad, con condicion
de que yo le procurára
una fineza; juré
hacerlo así; él se declara
galan tuyo, y me ha pedido
que solicite :::

Leon. Ya basta:
si tú anduviste indiscreto,
yo no tengo de ser paga
de tu error; además de esto
mi mano solo librada
está al imperio de un padre,
á quien mi pecho consagra
la mas rendida obediencia,
con que tu empeño se ataja,
porque no puedes cumplir

lo que tus fuerzas no alcanzan.
Mart. Es verdad; mas proseguir
en servirte, fuera baxa
accion en mí; y aun me toca
procurar con eficacia
que tu padre condescienda
á mis intentos.
Leon. Te cansas
en vano; y aun te produces
indigno de fe tan rara
como la mia.
Mart. ¿Y mi honor?
Leon. Seguro vive.
Mart. Te engañas,
que es espejo cristalino,
y un leve soplo lo mancha.
Leon. ¿Yo soy mia?
Mart. Y ya no mia.
Leon. Tú lo quieres.
Mart. Tú me agravias
solo en pensarlo.
Sale Nuño. ¿Qué es esto?
¿Tú, Leonor, tan alterada,
vos, Don Martin, enojado,
y entrambos con voces altas
disputando?
Mart. Oidme, Nuño,
si quereis saber la causa.
Don Guillen Ximenez quiere
á Leonor con verdad tanta,
que él mismo me ha prometido
hacer que se levantára
el sitio con que vuestra hija
fuese premio de su hazaña.
Yo la persuado á que quiera
condescender, y empeñada
se muestra en la resistencia.
Estas son las circunstancias
del suceso, vos ahora,
si pudiereis, obligadla,
pues está nuestra ventura
solo en su mano cifrada. *vas.*
Nuñ. ¿Es verdad esto, Leonor?
Leon. Sí señor.
Nuñ. Pues ¿por qué estraña
se resiste tu porfía?
Don Guillen es de elevada
sangre, de el Rey Camarero,
conque en todo nos iguala;
pero ¿aunque algo le faltase
de mérito, no bastaba
asegurar la ventura
de lograr que preservadas
quedasen del grande riesgo
que á sus vidas amenaza
las del Infante y la Reyna?
¿No las vés encomendadas
á nuestro valor? ¿No miras
quánta sangre se derrama
y perjuicios que se siguen?
y aún quando todo faltára
¿sabes qué será de mí,
y de ti? Pues ¿qué infundada
porfia es, Leonor, la tuya?
¿Lloras? Pues qué ¿tan infausta
es la suerte que te espera?
Disculpate; ¿por qué no hablas
concediendo solo al llanto
la expresion de lo que callas?
Leon. ¡Ay, Señor!
Nuñ. Habla, no temas,
pues sabes que mis entrañas
penetras con tu dolor.
Leon. Padre mio, si mi alma
se viera libre, si el pecho
las cadenas no arrastrára
del amor: : :
Nuñ. ¿Qué escucho, Cielos?
¿Tú quieres hacer mis canas
infelices? ¿Tú te atreves
á decir que amor te arrastra
en mi presencia? ¡Ah cruel!
este acero: : :
Empuña la espada, y ella se arroja á sus pies.
Leon. A vuestras plantas
rindo la vida, pero antes
oidme atento: las Damas
como yo, al acierto nacen
por sí mismas obligadas;
de modo que su eleccion
las ilustra, porque aman

sin que el decoro se ofenda,
ni desmerezca su fama.
Don Martin es un sugeto
que para sus alabanzas,
el mundo es ámbito corto:
de él me veo festejada;
si en corresponderle yerro,
perdonadme, que es desgracia;
pues ¿cómo quando me veo
de tanto amor ocupada
podré entregarme á otros brazos,
sin que de mi repugnancia
resulten frios desdenes,
que profanando las aras
de himeneo, mas que avivan
su nupcial antorcha apagan?

Nuñ. No me ofendo de tu amor;
mas ¿cómo te aconsejaba
Don Martin, que á Don Guillen
dieses la mano?

Leon. Contrastan
su inclinacion las razones
que vos me habeis dado en cara.

Nuñ. Pues si él se vence, hija mia,
¿no te incita, no te inflama
á competirle un esfuerzo
que en tal heroismo raya?

Leon. Como de eso mismo entiendo
quanto pierde, si se aparta
de mi cariño, el dolor
todo el corazon me pasa.

Nuñ. No lo estraño, Leonor mia,
vamos á ver si prepara
la fortuna algun remedio;
mas si prosigue obstinada,
tienes razon; pero al cabo
tú serás hija la fianza
de nuestra salud.

Leon. Sea antes
de la inexôrable parca
trágico triste despojo
mi vida desventurada.

Vista del rio Duero, sobre el qual cruza al trabés todo el teatro un magnifico Puente. Salen por la derecha del teatro Martin, Garcia y Soldados.

Mart. Amigos, este es el sitio
por donde grandes vituallas
sé que hoy al campo del Rey
han de pasar; y pues faltan,
á pesar de mi cuidado,
bastimentos en la Plaza,
valgámonos de los suyos;
y así quando yá las cargas
hubieren pasado, y antes
que el Esquadron que las guarda
lo llegue á ocupar, saldremos
y á los filos de la espada
perezcan los enemigos;
pero lo que mas encarga
mi cuidado es no empeñarse
demasiado, pues nos basta
retirarnos con buen orden,
apenas aseguradas
las cargas queden.

Garc. El dia
nos ayuda, pues de pardas
y negras nubes se mira
la luz del Sol eclipsada.

Empieza á obscurecerse el teatro, y por grados vá creciendo la tempestad con truenos y relampagos.

Ya de relampagos grandes
las abrasadoras llamas
cruzan por el Orizonte
rasgando la azul campaña.

Mar. De los horrorosos truenos
los estruendos amenazan
segundo diluvio al orbe.

Garc. La accion está bien pensada;
pero aunque el puesto guardemos
los enemigos que vayan
delante en custodia harán
nuestra diligencia vana.

Mart. No lo temas, que emboscado
Nuño con su tropa aguarda
para sorprenderlos.

Garc. ¿Sabes
á quien viene encomendada
la Tropa del Rey?

Mart. Si, amigo,
el Capitan que la manda

es un valiente Soldado
llamado Mendo de Lara.
Garc. Bien lo conozco; mas ya
en diluvios se desatan
las nubes.
Mart. De el Duero undoso
entumecidas las aguas
gran tormenta significan:
ánimo, y entre las ramas
y peñas nos ocultemos:
ninguno, antes que yo salga,
se mueva; que en las empresas
que parecen temerarias
el mas pequeño descuido
basta para malograrlas.
Ocultanse á un lado, y por la parte opuesta salen Mendo y Soldados; comienzan á pasar Soldados con algunas cargas, de modo que representen el pasage de algun comboy.
Men. Antes que tome mas cuerpo
la pavorosa borrasca
pasen las cargas el puente,
y vosotros en su guarda
caminad, que yo me quedo
con los demás, porque vaya
con mas orden el seguro
guardando la retaguardia:
no os detengais, que á momentos
de la tempestad infausta
crece la furia: parece
que el Cielo se desencaja
de sus dos Polos: los vientos
dándose cruda batalla
Fuerte la tempestad.
de funestos estallidos
se sirven en vez de caxas:
todo es horror: los arroyos
que de las altas montañas
se despeñan, el crugido
de los arboles que arranca
la colera de los ayres,
y este rio que con rauda
corriente se precipita
forman un ruido que el alma
mas esforzada se asusta.
Mas ya de pasar acaban
las cargas, al puente todos.
Ocupa Mendo con los suyos casi todo el Puente, y salen al oposito Martin y los suyos: se traba batalla.
Mart. No puede ser que embaraza
su pasage nuestro aliento.
Mend. Traidores, mientras ampara
mi vida este altivo acero
no conseguireis lograda
ver vuestra intencion.
Mart. Garcia,
ánimo, que ya desmayan:
ganemos el Puente.
Garc. Apenas
podemos mover las plantas,
porque está resbaladizo
el suelo.
Mend. Estrellas tiranas,
matadme, pues que ya veo
perdidas las esperanzas
de la faccion. ¿Mas qué es esto?
¡Ay de mí! Jesus me valga.
Quando los del Rey estuvieren (retirandose poco á poco) en medio del Puente, suena un horroroso trueno, y se desprenden uno ó mas rayos, que dando en el Puente derrivan su mitad viendose caer á Mendo y algunos de los suyos al rio.
Unos. ¡Qué asombro!
Otros. ¡Que confusion!
Mart. Amigos, pues ya lograda
queda la intencion seguidme.
Unos. Cielo, piedad.
Mart. El os valga.
Cae con mucha prontitud el telon de Jardin y salen Leonor y la Reyna.
Leon. Cada vez, Señora mia,
mas abatida os contemplo.
Reyn. Es, Leonor, porque el peligro
vá por instantes creciendo.
Leon. Resistir á la fortuna
vizarria es del esfuerzo.
Reyn. Y tambien el no temerla
es desesperado intento.

Leon. Solo es infeliz aquel
que está creido de serlo.
Reyn. ¿Y quién se juzga dichoso
contra el propio sentimiento?
Leon. Quien continuamente piensa
en lo que está padeciendo,
de sus dolorosas ansias
mucho mas aviva el fuego.
Reyn. Es verdad; pero ¿quién puede
sujetar el pensamiento,
y quando ácia uno le llama
divertirle ácia otro objeto?
Pero tú, que vanamente
intentas darme consuelo,
¿por qué para tí no tomas
tan acertados remedios?
Yo tambien á tí te miro
con mayor abatimiento,
observando tristemente
melancólico silencio;
solo el retiro te agrada,
y algunas veces los ecos
del dolor que te atormenta
la causa me previnieron.
Nada te he dicho hasta ahora,
pues esperando algun medio
para salir de desdichas,
mejorándose los tiempos
queria hacerte dichosa
coronando tus deseos;
mas ya que contra nosotras
todo el rigor de su ceño
emplea la adversa suerte,
entrambas nos consolemos
dividiendo los pesares,
y con recíproco afecto
lloremos juntas.
Leon. Señora,
aunque hago el debido aprecio
de tanta satisfaccion,
con toda mi alma os ruego,
que pues sabeis las desdichas
rigurosas que padezco,
no querais acrecentarlas
con vuestro llanto: yo peno
doblemente, pues por mas
que la amargura que siento
apenas puedo sufrirla,
quiere mi estado severo
que las vuestras participe
y con el amor que os debo
injustamente cumpliera
las mias anteponiendo.
Reyn. Que á mal tiempo haces, Leonor,
ostentacion de lo atento,
pues tantas finezas muestras
quando pagarlas no puedo.
Leon. Por eso yo con mas gusto
ahora las manifiesto,
quando el interés no puede
hacer sombra á lo sincéro;
que una fineza, que admite
con equívocos respetos
ser cautela interesada,
ó pura accion del afecto,
aquel á quien se dedica
no dándole todo aprecio,
suspende lo agradecido,
por no aventurar lo cuerdo.
Rey. Sobre hermosa estás dotada
de sutil entendimiento.
No en valde Martin de Abarca
te dedica sus obsequios,
haciéndolos tan dichosos
tu mucho merecimiento.
Leon. Señora::: yo:::
Reyn. Ya te he dicho
que muchas veces tus ecos,
á pesar de tu reserva
me dixeron tu secreto.
No tienes que avergonzarte,
que quando á un amante fuego
tan bien mirado y medido
sirve de norte lo honesto,
vive seguro el decoro.
Pero mucho me detengo
contigo, y me está llamando
con impaciencia el deseo
de saber como ha salido
el proyectado suceso,
de interceptar el socorro:
quédate á Dios, que yo quiero

irme á esperar á tu padre. *vas.*
Leon. Guarde vuestra vida el Cielo.
¿Qué es lo que pasa por mí?
A mí misma no me entiendo,
que entre tantas confusiones
mares de dudas navego.
Ayer rendida al suave
yugo de apacible incendio
cobraba en satisfaciones
lo que ahora en escarmientos.
En situacion tan funesta
como Tántalo me veo,
pues tengo el agua á los labios,
y de sed rabiando muero.
¿Y no hay arbitrio? Es en vano
el esperar el remedio,
porque la razon se opone,
y es muy eficáz su imperio.
¿Que puedo hacer en mis males?
Quédase suspensa; y sale Martin mudado el trage, y se queda al telon.
Mart. Apenas la Tropa dexo
descansando, y nueva ropa
me mudo, quando á ver vengo
á mi querida Leonor;
que aquí estaba me dixeron:
en efecto, pensativa
entre los quadros la veo:
observaré sus acciones
oculto en los ramos, puesto
que no me ha visto. ¡Ay de mí!
¡Con qué de penas guerreo!
Leon. Correspondida y gustosa
vivia, sin que lo incierto
de la suerte combatiese
mi noble corazon tierno;
pero á la fuerza violenta
del destino se perdieron
mis floridas esperanzas
marchitas del contratiempo.
Tú, florido ameno sitio,
fuiste testigo algun tiempo
de mis dichosos amores.
¡Oh, quántas veces oyeron
estas plantas, y estas fuentes
los dulcísimos requiebros
con que Martin de sus ansias
me explicaba los extremos!
Y quántas veces la Aurora
las finezas compitiendo
nos encontró, y desatando
desde su cándido seno
liquidas perlas brillantes
nos avisaba ¡qué presto
corre el tiempo en el placer
de amor, quanto mas sincero,
tanto mas apetecible!
Pero, ¡qué en vano me quejo
embarazando los ayres
con suspiros y lamentos!
¡Oh venganzas de fortuna!
¡Qué felices son aquellos
que no temen sus rigores
á sus iras sobrepuestos!
¿Habrá en el mundo quien pueda
padecer lo que padezco,
conjurados contra mí
tan poderosos afectos,
como son razon y amor,
pues lo que manda en el pecho
la razon, el amor niega?
¿Quién puede con tanto extremo
padecer? ¿Se hallará alguno
mas infelice?
Llega á ella Martin.
Mart. Leonor
hace de dolor extremos,
quiero salir á cortar
sus pesares. Si me acerco
á tu vista, es por decirte
que tú no estás padeciendo
las desgracias por tí misma;
pero quando considero
que yo estoy solicitando
mirarte en brazos agenos
conozco, que nadie puede
igualar mis sentimientos,
pues tal vez no se habrá visto
un amante caballero
en la precision infame
de ser él mismo instrumento:::
Leon. Calla, calla, no prosigas,

porque en mi amoroso pecho
cada razon que produces
derrama activo veneno,
y porque quando te miro
se duplican mis tormentos,
quiero moderar la pena
el rato que no te veo. *vase.*

Mart. Escucha, Leonor hermosa,
no con tu desdén severo
castigues á quien fallece
de infelíz por ser atento.

Sale un Soldado con una carta.

Sold. Señor, rato ha que os buscaba.

Mart. ¿Pues qué quereis? ¿Qué hay de nuevo?

Sold. Esta tarde en una flecha
dentro del muro ese pliego
cayó; y como el sobrescrito
para vos viene, sosiego
no he tenido hasta encontraros.

Dale la carta.

Mart. Dad la carta, é idos luego.
¡Con qué fatiga al papel
rompo la nema! Pues creo
que de este medio se vale
Don Guillen por mas secreto
para explicar su intencion:
pero si es fuerza apuremos
la ponzoña de una vez,
y aunque temeroso leo.

Lee. „Os supongo deseoso de saber „los medios que medito para cumplir mi promesa. El Rey por su condicion inexôrable es aborrecido de „todos: yo soy Camarero suyo, y „hay venenos en el mundo. Pronto vereis mi diligencia: acordaos „de lo que me ofrecisteis, y entre „tanto Dios os guarde. Guillen.

De confuso y admirado
apenas á hablar acierto.
¿Posible es que sangre hidalga
circula en tan viles pechos,
que posponiendo cobardes
los merecidos respetos
de Dios, del Rey y la Patria,
á crímenes tan horrendos
se arrojan? ¿Qué puedo hacer
metido en tan duro aprieto?
¿Pero qué dudo? ¿Pudiera
prestarme nunca á proyecto
tan alevoso? Los Reyes
solo los castiga el Cielo,
como que su poder todo
ha substituido en ellos.
Si en un lance de batalla
me encontrára cuerpo á cuerpo
con el Rey, me serviría
contra él de todo mi esfuerzo,
que en tales casos igualan
calidades los aceros;
pero usar de una traicion
en agravio manifiesto
de la dignidad real
es un delito tan feo,
que no permite disculpa.
Yo mismo, yo mismo debo
castigar á Don Guillen,
pues me ha ofendido, creyendo
que yo pudiera acceder
á su maldad: á mas de eso
¿para excusar un peligro,
á tan detestables medios
acudiría, quien nace
á ser de la fama objeto?
Eso no, pierdase todo;
mas consérvese á lo menos
el honor; y pues la noche
ya tiende el obscuro velo,
de las sombras amparado,
pues tanta noticia tengo
de las señas enemigas,
hoy dexaré de mi aliento
la prueba mas admirable,
testimonio el mas excelso
que mereció simulacros
de la memoria en el templo. *vas.*

Noche: mutacion de tiendas en medio la Real; y salen el Rey, Doña María, y Guillen.

Mar. Pues sabeis que nadie mira
vuestras cosas con mas celo

que yo, permitid que diga
os degrada, invicto Pedro,
el dolor que demostrais
ajando blasones regios.
Los Reyes han de ser unos
en lo próspero y lo adverso,
y yo juzgo que se llaman
serenísimos por ello.
No digo que no es sensible
el infelice suceso
del asalto; mas de Toro
la posesion es bien cierto
que alcanzareis.
Rey. Sí será;
porque ya jurado tengo
morir en estas campañas,
primero que alzar el cerco.
¿Se ha de decir que una triste
Ciudad no dobla á mi imperio
la cerviz, quando Castilla
toda se postra á mi Cetro?
vive Dios:::
Guill. No os irriteis,
gran Señor, y solo quiero
reflexîoneis, que un soldado
que los sitiados de menos
tengan, mucho mas supone
que si perdiesemos ciento;
y sobre todo ¿es posible
que resistan al asedio
de la hambre? Decid ¿por dónde
pueden esperar consuelo
en tan riguroso lance?
Sale Mendo mojado y sangriento.
Mend. Eso diré yo.
Rey. ¿Don Mendo,
que traeis? ¿Qué ha sucedido?
¿Vos tan mojado, y sangriento?
Mend. Sí Señor, por mi desdicha
y la vuestra, que mas siento,
en este estado me miro,
aunque la sangre que vierto
es de una herida muy leve.
Como sabeis, defendiendo
de viveres un Comboy
venia, á tiempo que el Cielo,
con tempestad tan furiosa
como la pasada, el ceño
mostró de todas sus iras.
Llegaba al Puente del Duero,
quando de oculta celada
Martin de Abarca saliendo,
nos embistió, sin pensarlo,
y nosotros con denuedo
nos resistiamos fuertes,
siendo teatro funesto
de la muerte aquel espacio.
Todo lo posible haciendo
para conservar el paso
lidiabamos, quando al fiero
impulso de un veloz rayo
el aparato soberbio
de el Puente en leves pedazos
quedó en gran parte deshecho.
Al rio caí implorando
de Dios el amparo, y creo
fue favor suyo, librarme,
y no perder el aliento.
En fin, Señor, á la orilla
salí á nado, y solo vengo
á daros parte de todo.
Rey. ¿Con que Abarca, segun eso,
ha interceptado el socorro?
Mend. Sí Señor,
Rey. ¡Que tan severo
obre contra mí el destino!
¿Qué tiene este Abarca, Cielos,
que parece que ha nacido
con tal suerte, que yo temo
con ser su valor tan grande
su dicha mas que su esfuerzo?
Idos, Mendo, retiraos,
que mi desayre estoy viendo
en vos, y tan enojado
estoy, tan perdido, y ciego,
que mi cólera sañuda
aún no cabe en mi silencio.
Vase Mendo, y sale un Soldado.
Sold. Un Caballero gallardo,
que el rostro trae cubierto
con una vanda, pretende
hablaros.

Rey. Entre. *vase el Soldado.*
Guill. Primero
reparad :::
Rey. Callad Guillen:
¿donde quiera que me encuentro
puedo hallarme sin mí mismo?
Guil. No Señor.
Rey. Pues acortemos
razones impertinentes,
y despejad. *vase Doña María.*
Guill. En el pecho
no me cabe el corazon;
oculto presentimiento
es de alguna desventura
su inquietud, y así pretendo,
retirado, de este enigma
averiguar el mysterio.
Retirase Guillen á un lado oculto; y sale Martin con vanda en el rostro.
Mart. Guardeos Dios, Rey famoso.
Rey. Con bien vengais, Caballero;
y pues que solos estamos,
bien podeis correr el velo
al semblante.
Mart. No Señor,
porque la intencion que tengo
es que no me conozcais,
y libraros quando menos
de traidores; y así antes
que yo os revele un secreto,
palabra me habeis de dar
de dexarme que encubierto
esté.
Guill. Si es que no se engañan
mis oídos, este acento
es de Don Martin de Abarca.
Rey. Si vuestras voces atiendo,
eso es querer que jamás
pueda mi agradecimiento
recompensaros.
Mart. Yo nunca
por intereses emprendo
acciones, á que he nacido
obligado por mí mesmo.
Rey. No son de vulgares almas
tan hidalgos sentimientos;
y así, decid qué quereis,
que mi palabra os empeño
á no pretender jamás
que os descubrais.
Mart. Pues atento
escuchad. Son los traidores,
generoso ilustre Pedro,
un linage de hombres, que
con vilísimo despecho
á las maldades se arrojan,
sin que puedan contenerlos,
ni el temor de los castigos,
ni del delito lo feo.
No hay cabeza reservada
de su envenenado aliento,
esforzándose cobardes
hasta los laureles regios,
que solo de imaginarlo
se horroriza el sufrimiento.
Uno de estos le teneis
tan inmediato, que pienso
que á no ser quien soy, tal vez
estuvierais ya en el reyno
del olvido sepultado.
Rey. ¿Qué escucho?
Guill. Si mis intentos
le descubre, soy perdido.
Mart. Aunque es tan notable el riesgo
no os inmuteis, pues que vino
tan oportuno el remedio.
En esa carta vereis
si es verdad quanto os refiero.
Dale una carta, y lee el Rey.
Guill. Cielos, mi muerte es segura,
que Martin me ha descubierto,
huir es lo mas seguro;
pero ántes sabrá mi acero
salir al paso á Martin
y matarle. *vase.*
Rey. ¡Tan suspenso
me ha dexado la noticia
que muda estatua parezco!
Hombre, qualquiera que seas,
¿qué enigmas son los que pliego
tan alevoso contiene?
Mart. Eso, Señor, yo no puedo

declararos; ya habeis visto
como acudo al daño vuestro;
y pues esto es lo que importa,
muy bien podeis precaveros;
y para que conozcais
de mi nobleza el esmero,
sabed, que este aviso os dá
quien vos imaginais menos. *vas.*

Rey. Esperadme, oidme: fuese;
pero ¿por qué me detengo?
seguiréle ocultamente
por si de algun modo puedo
conocerle. ¡Ah! vil Guillen,
en qué confusion me has puesto.

Se ve la primera mutacion de la Comedia, y sale Guillen de noche embozado.

Guill. Este es de la plaza el paso.
Ea valor, apelemos
á la desesperacion,
pues tan perdido me veo.
Ahora verá Martin,
que si fue grande mi yerro,
fue efecto de la pasion
que á Leonor hermosa tengo,
y que delitos de amor
disculpan atrevimientos.
Mataréle, y vengaré
mi agravio, y antes que el bello
explendor del alva anuncie
principios del venidero
dia, tomaré el camino:::
pero un hombre entre lo espeso
de las sombras se descubre
Si será:::.

Sale Mart. Al muro me acerco
para hacer señas de que abran,
porque si mas me detengo,
estarán con gran cuidado;
pero allí hay un hombre, quiero
esperar á que se vaya,
porque no es prudente acuerdo,
si es enemigo, que sepa
se hacen salidas.

Rey. Siguiendo
vengo cautelosamente
á este hombre, y allí le veo
parado.

Guill. Pues no se mueve,
y todo el tiempo que pierdo
es importante, sabré
matarlo, ó reconocerlo.
¿Quién vá?

Mart. Un hombre.

Guill. Ya os conozco,
vil amigo, ¿ese es el premio
que dais á la amistad mia?

Mart. Nunca, Don Guillen, pudieron
amigos mios llamarse
los que tienen pensamientos
tan infames como vos;
y pues estoy presumiendo,
que lo que al Rey dixe oisteis,
sabed que no me arrepiento.

Guill. Tal vez podrá ser que os pese,
Abarca.

Rey. ¿Qué escucho, Cielos?

Mart. ¿Cómo?

Guill. Como á daros muerte
solo vine.

Mart. Nunca tiendo
la espada con alevosos;
y así dexad libre el puesto,
pues importa el retirarme.

Guill. Sin que quede satisfecho
no he de consentir paseis
adelante.

Mart. Vuestro intento
me escusa ya del desayre
que en reñir con vos padezco:
reñid, pues. *Riñen.*

Rey. En buenas manos
ha dado el traydor, no quiero
salir hasta ver el fin.

Mart. No creí que tal denuedo
cupiera en almas traidoras.

Guill. Quien habla mas obra menos.

Mar. Tan porfiada resistencia
ya es agravio de mi acero.

Guill. ¡Ay de mí! Jesus, valedme.
Cae muerto.

Mart. Antes que acuda al estruendo

la gente del enemigo,
por evitar algun riesgo,
retirarme me conviene. *vas.*

Sale el Rey al teatro.

Rey. Aún dudo lo que presencio.
Mas que la traicion cobarde
de este infelíz, que tiñendo
está con su sangre el campo,
admirando estoy lo excelso
del espíritu de Abarca,
pues la vida estoy debiendo
á su heroica nobleza;
una accion tan sin exemplo
sin duda que es acreedora
á inmortales monumentos.
Dent. Allí es el ruido, acudid.
Rey. Mi gente es.

Salen Mendo y Soldados con luces.

Mend. Señor ¿qué es esto?
Rey. Providencias con que cuida
Dios de los Reyes, Don Mendo:
retirad ese cadaver.
Mend. Don Guillen es.
Rey. Y quien fiero
quiso quitarme la vida.
Mend. ¿Cómo? Señor.
Rey. Aún no es tiempo
de que lo refiera: vamos.
¡Oh ilustre varon, que al templo
de la fama te apresuras,
yo te apretaré los riesgos,
hasta ver lo que resuelves;
pues de tu espíritu creo
que por no tener igual
consigo está compitiendo.

JORNADA TERCERA.

Salon, habrá una buxia sobre una mesa, y sale Martin.

Mart. Por mas que lo solicito
no puedo encontrar descanso,
porque quando es como el mio
desvela mucho un cuidado;
y aunque del discurso mio
todas las velas alargo,
para tantas desventuras
remedio ninguno alcanzo.
Defender mas esta Plaza
intento es desesperado,
pues en el lance del puente,
y en los continuos asaltos,
el número de mi gente
se ha disminuido tanto
que me hace notable falta:
el Rey está tan airado,
que si la Ciudad le entrego
no dudo que haga un estrago
en la Reyna y el Infante,
vínculos atropellando
de amor y naturaleza.
Yo tambien amenazado
me veo de su fiereza;
pero si es que no me engaño
de la estancia de la Reyna
abren con grande recato
la puerta ¿Leonor?
Sale Leon. ¿Qué es esto?
tú en este parage, quando
venciendo la sombra obscura
aún no despliega sus rayos
trémulos la luz hermosa
del lucero, que anunciando
sale el venidero dia?
Mart. Si mis muchos sobresaltos
me permitieran hablarte
de mi pasion, vieras quanto
debias agradecer
lo que estás aquí admirando:
porque pudiera decirte,
que como nunca me hallo
gustoso fuera del centro
de mi amor, muevo los pasos
ácia donde tú te encuentras
dulcemente violentado.
Leon. ¿Y eso no es hablar de amor?
Mart. Al incendio en que me abraso
es darle un alivio leve,
y al mismo tiempo un descanso,
un desahogo, un consuelo
de los tormentos que paso.
Pero dí, ¿cómo tan presto

dexas de la Reyna el quarto?
Leon. Como la que triste nace
á ser infelice blanco
del ceño de la fortuna,
con sus desdichas luchando:::
Dent. Entréguese la Ciudad,
y si las vidas libramos
todo lo demás se pierda.
Mart. ¡Qué escucho, Cielos sagrados!
Sale Garc. Acude, Martin valiente,
porque el pueblo amotinado
de algunos viles traidores
que del Rey siguen el vando
solicitan que se entregue
la Ciudad.
Mant. Pues entre tanto
que yo apaciguar procuro
el tumulto á tí te encargo
la defensa de este puesto,
no sea que el desacato
de la vil plebe se atreva
á profanar el Palacio
de la Reyna. Dios inmenso
dadme en tal desdicha amparo. *vas.*
Leon. ¿Y en dónde se halla mi padre,
Garcia?
Garc. Yo le he dexado
sosegando el alboroto;
porque de él mismo el mandato
recibí para avisar
á Don Martin; su bizarro
espíritu puede solo,
en lance tan apretado
dar el remedio oportuno.
Leon. ¿Y es grande el motin?
Garc. Llegando
á tiempo no será nada,
porque si bien lo reparo,
semejantes alborotos
son como el fuego, que dando
lugar á que crezca mucho,
es dificil apagarlo,
pero si se acude á tiempo
se puede evitar el daño.
Sale la Reyn. Garcia, Leonor, ¿qué es esto?
¿Posible es que ni el halago
del sueño disfrutar pueda?
que novedad ha turbado
las quietudes del silencio,
interrumpiendo el descanso
de las fatigas comunes?
¿Qué no debo á vuestros labios
respuesta alguna?
Los dos. Señora:::
Reyn. ¿Qué decis? habladme claro,
vuestra turbacion indica
algun lance inopinado,
no me aflijais con la duda;
dexad qualquiera reparo,
pues acostumbrada á ellos
no me asustan los trabajos.
Garc. Pues que lo quereis saber.
escuchad atenta un rato.
Cumpliendo mi obligacion
andaba yo registrando
las puertas, y al retirarme
con la ronda, en el espacio
de la Plaza:::
Leon. No prosigas,
que yá Don Martin vá entrando
en la sala, y él dirá
quanto hay de nuevo en el caso.
Sale Martin con Nuño.
Reyn. ¿Don Martin?
Mart. ¿Señora mia?
Reyn. ¿Qué ha habido?
Mart. Que el vulgo vario
de traidores inducido
se alborotó, y obligarnos
quiso á rendirnos al Rey;
y aunque ya se ha sosegado
á impulsos de mi desvelo,
fuera locura fiarnos
de su inconstancia; y así,
pues reducidos estamos
á no poder mantener
la Ciudad por tiempo largo,
será fuerza que apelemos
al último lance amargo,
que en situacion tan funesta
puede el valor inspirarnos.
De la tenebrosa noche

aun no rompe el negro manto
el explendor de la aurora:
vos, Don Nuño, acompañando
á la Reyna y al Infante,
procurad por lo intrincado
del bosqne ganar la senda,
que finaliza en el ancho
camino de Portugal;
y llevad para resguardo
la tropa de mas confianza.
Yo con el resto en el campo
del Rey me presentaré,
conque su atencion llamando,
facilito vuestra fuga,
y quando os discurra en salvo
tocaré la retirada,
y seguiré vuestros pasos
quando el sol su luz sepulte
en el inmenso occeano.

Nuñ. Arriesgada es tal empresa,
pero otro remedio no hallo.

Reyn. Pero vos:::

Mart. Por Dios, Señora,
advertid que si tardamos,
se malogran los intentos:
id á executarlo.

Reyn. Vamos.

Leon. Pues ya de Martin me ausento
¿qué alivio en mi pena aguardo?

Vánse todos menos Garcia y Martin.

Mar. Animo, Garcia, amigo.

Garc. Lluevan riesgos, que desmayo
nunca hallareis en mi pecho.

Mart. Eso sí, nuestros hidalgos
alientos al orbe digan,
que corazones Navarros
antes que del mundo vieron
de la muerte el rostro airado.

Mutacion de tiendas; y salen el Rey y un Soldado.

Rey. ¿Partió Mendo?

Sold. Sí Señor.

Rey. ¿Qué gente llevó consigo?

Sold. Pienso que trescientos hombres.

Rey. Reconocer es preciso
los puestos: luego que vuelva
hareis que entre: ahora idos.

Vase el Soldado.

Por mas que me hallo cercado
de cuidados infinitos,
no puedo de la memoria
borrar el valor invicto
de Abarca: solo su aliento
resiste de Toro el Sitio,
con tal teson, que en salidas
y en asaltos he perdido
la flor de mi Campo todo.
Pero lo que mas admiro
en su pecho es la nobleza:
tener en mí un enemigo
implacable: no esperar
para socorrerse arbitrio,
convidarle con mi vida,
y no solo resistirlo,
sino venir encubierto
á mi tienda á darme aviso,
por mi fe que esta es hazaña
superior á quantas miro
de Griegos y de Romanos
celebradas en el libro
de la fama, y que á no ser
yo quien soy, quisiera altivo
ser solo Martin de Abarca.
Yo debiera, caso es fixo,
haber levantado el cerco;
pero quiero proseguirlo
solo por ver hasta donde
llega su valor, y fio
de lo que pienso:::

Sale Doña Mar. Señor,
perdonad si he interrumpido
vuestra quietud, porque tengo
muchas cosas que deciros.

Rey. ¿Quales son?

Mar. En este instante
por un soldado he sabido
que toda la noche en Toro
se escuchó notable ruido
de armas y confusas voces.

Rey. En verdad, que no imagino
qué pueda ser: si tal vez
algunos parciales mios ...

(que los tengo aunque muy pocos)
la Ciudad no han conmovido:
proseguid.
Sale un Sold. ¿Señor?
Rey. ¿Que traes?
Sold. Por la puerta que al camino
de Portugal se dirige
un Esquadron ha salido,
y aunque Don Mendo resiste
el paso, si el enemigo
le carga....
Rey. No, no prosigas,
que ya todo he comprendido.
Seguidme todos, seguidme,
y lo que solo os intimo
es, que á Don Martin de Abarca
no le mateis; que el que vivo
le traxere á mi poder,
se verá de beneficios
y mercedes mias lleno.
Ahora á dar el castigo
á su atrevimiento vamos;
y á vos, Señora, os suplico
que os retireis á la tienda.
Váse, y queda Doña María.
Mar. ¿Para qué, Cielos divinos,
será tanta prevencion
con Abarca? Aunque fatigo
el discurso, no lo entiendo:
¿si será afecto benigno?
Pero de su condicion
rigurosa no concibo
que piedad pueda esperarse;
pues si por mí propia mido
las cosas, y experimento
á pesar de su cariño
tan crueles sequedades
que apenas yo las resisto,
¿que hará con quien aborrece,
quien procede así conmigo? *vas.*
Selva: se aclara el teatro; y sale Martin, Garcia y Soldados.
Garc. Aunque de la blanca aurora
á los purpureos visos
de todo el Campo contrario
el espacio grande miro,
á pesar de lo intrincado
de este espeso laberinto
de árboles, ningun Soldado
en centinela registro.
Mart. Tal vez puede ser cautela
la ostentacion de el descuido,
y pues nuestro intento solo
se reduce á divertirlos,
no de ligero queramos
empeñarnos: todo el brio
para salir reservemos,
rompiendo de el enemigo
las amedrentadas huestes,
si acaso fuere preciso
esta noche.
Garc. Mas, si ahora
los cogemos de improviso,
¿no será mejor hacer
que ninguno quede vivo?
Mart. ¿Y eso te parece facil,
quando la tropa en crecido
número excede á la nuestra?
A mas de eso, si el destino
hiciere que Nuño encuentre
cerrados todos los sitios
para huir, y lo precisan
á retirarse, consigo
ventajas; pues aunque ahora::::
Ruido de pelea dentro.
pero si acaso el oido
no me engaña, hácia esta parte
confuso estruendo percibo
de armas y voces.
Dentro Nuñ. Por mas
que procureis atrevidos
rendirme, es empeño vano
mientras este acero vibro.
Garc. Esta es la voz de Don Nuño.
Mart. ¿Que es esto, Cielos divinos?
sin duda que ya la Reyna
y el Infante habrán caido
en manos de los contrarios:
sed de mi muerte testigos
fatales campos de Toro,
que este es el último oficio
que á mi obligacion le resta:

á ellos Soldados mios;
pero no, que pues ya llegan,
en la espesura escondidos
de esta selva será bien
que encuentren con su castigo
quando menos lo imaginen.

Garc. Tal vez Nuño habrá podido
salvar la Reyna, é Infante
en la Ciudad.

Mart. Bien has dicho;
y así ninguno se empeñe,
que si solo conseguimos
retirarnos á la Plaza,
no será poco.

Escóndense, y salen el Rey, Mendo, y Soldados retirando á Nuño y los suyos.

Rey. Rendios,
que es ya desesperacion
la resistencia.

Nuñ. Mi brio
á pesar de tantas canas
es invencible.

Rey. Atrevido
caduco, ¿cómo te atreves
con tan estraño delirio
á resistir temerario?
¿Qué esperas?

Ahora salen Martin y los suyos, se unen á Nuño, se enciende mas la pelea; pero éstos se retiran poco á poco en buen orden.

Mart. Que de mi invicto
acero el favor le ayude.

Nuñ. Vengan ahora peligros.

Mart. ¿Y la Reyna, Nuño?

Nuñ. En Toro.

Mart. Pues tanta dicha consigo,
amigos, valor.

Rey. Soldados
ved, que yo mismo presido
á la accion; y pues ya ceden,
no quede ninguno vivo.

Mart. No es tan facil Rey D. Pedro,
que yo soy quien los animo. *vas.*

Salen: salen la Reyna y Leonor.

Reyn. No te puedo consolar,
Leonor, que yo necesito
para mí misma consuelo.

Leon. ¡Desdichado padre mio!

Reyn. Y yo Reyna desdichada!
¡quién, quando el Cielo benigno
Reyna me hizo de Castilla,
con trágico vaticinio
me pronosticára extremo
tan fatal!

Leon. Quien ha sabido
que tal vez la dicha ensalza
para doblar el esquivo
tormento de la caida;
pero creed que mis suspiros,
mi dolor, mis sentimientos,
hallan su mayor motivo
en miraros reducida
á un extremo tan indigno.

Reyn. Bien lo creo de tu amor,
y dentro del alma imprimo
tan altas obligaciones.

Leon. Si en el bélico conflicto
mi padre, y Martin (que al cabo
los cogió desprevenidos
lo inopinado del lance)
perecen, ó en el dominio
quedaren del Rey, Señora,
¿quál será nuestro destino,
sujetas del alterado
vulgo al ciego despotismo?

Reyn. ¿Qué puedo yo responderte?
morir, Leonor, es preciso.

Leon. ¿Tan cruel será Don Pedro,
que desmintiendo de hijo
los naturales respetos,
se arroje al atroz delirio
de mancharse en vuestra sangre?

Reyn. En un pecho endurecido
y ambicioso poco labran
vinculos que hasta los mismos
irracionales respetan:
pero aunque ya del cuchillo,
ó del rigor de un veneno
amenazada me miro,

solo siento que el Infante
y Don Martin serán fixos
objetos de sus rigores:
aquél por ser un delito
en él tener sangre suya,
y éste porque siempre ha sido
quien protegió mi justicia,
y en quien hallaron abrigo
mis desgracias.
Leon. Gran Señora, *mirando adentro.*
ya abre el Cielo algun alivio
á tantos males, pues llegan
á besar tus pies invictos
mi Padre con Don Martin
y Garcia.
Reyn. ¡Quanto estimo
su venida!
Salen Martin, Nuño y Garcia: el primero todo ensangrentado.
Leon. ¡Padre amado! *abraza á Nuñ.*
Mart. ¿Señora?
Reyn. ¿Que es lo que he visto?
¿vos, Martin, de roxa sangre
del pie á la cabeza tinto?
¿os hirieron?
Mart. No Señora:
esta sangre la han vertido
nuestros feroces contrarios;
mas por quien soy os afirmo,
que nunca me ví en un lance
tan estrecho.
Nuñ. Fue prodigio
el poder ganar las puertas
de la Plaza.
Mart. Hemos perdido
mucha parte de la gente;
de modo que resistimos
en vano nuestra fortuna;
y así solo he discurrido
un medio, seguidme todos.
Reyn. ¿A dónde?
Mart. Al alto recinto
de los Muros.
Garc. ¿Qué pretendes?
Mart. En ellos sereis testigos
de mi intento; al punto vamos.
Reyn. ¡Dolcos de mi martirio
Cielos!
Leon. ¡Desdichado dia!
Garc. ¡Pena atroz!
Nuñ. ¡Fatal destino!
Vista de la Ciudad de Toro con murallas: puede estar en un lado ó en el fondo del Teatro, de modo que puedan salir sobre la muralla las personas quando fuere necesario: sale Mendo, el Rey y Soldados.
Rey. ¿Que no comprendeis qué intento
pudo tener la salida?
Mend. No Señor, porque costeando
del Duero la undosa orilla,
al entrar en la espesura
del bosque, ví que salia
de la Ciudad un tropel
de gente, que á toda prisa
caminaba recelosa
hácia aquella parte misma:
yo con prudente cautela
hice que la tropa mia
se escondiese en la maleza,
y luego que la enemiga
llegó á nosotros, saliendo
con resolucion altiva
dimos en ellos: entonces
noté que se dirigia
una parte á la Ciudad,
y Nuño, cuya pericia
militar es tan notoria,
quedó con gran bizarria
haciéndome oposicion;
y yo, mirando encendida
la accion, despaché un Soldado
á que os diese la noticia.
Rey. Yo creo que es imposible
que por mas tiempo resistan,
pues á pesar de su aliento
todo ese Campo se mira
de cadaveres cubierto;
y así haced que prevenida
esté la gente, que quiero
ántes que de la fatiga
se reparen, asaltar

la muralla.

Mend. En vano aspiran
á no entregarse rendidos;
pero aquí Doña María
llega.

Sale Doña María.

Mar. Señor, vengo á veros,
pues como vos no veniais
al Campo, mi amor no pudo
resistir mas la porfia
de su impulso.

Rey. Mucho estimo,
hermosísima Padilla,
la lisonjera impaciencia,
que vuestro afecto acredita;
pero habeis de retiraros,
que es diligencia precisa
asaltar sin perder tiempo
la Ciudad.

Mend. Ya se registra
de Soldados coronada,

Aparecen en el muro Martin, la Reyna, el Infante Niño, Leonor, Garcia, y Nuño.

y si de blanca divisa
no mienten claras señales,
llamada de paz publican.

Martin tremola un lienzo.

Mart. ¡Ha del Campo! ¡Ha Rey Don (Pedro!

Rey. ¿Qué pretendeis?

Mart. Que benigna
me concedais la atencion:

Toma al Niño en los brazos.

Esta que en mis brazos miras,
Rey poderoso, es la prenda
que otro tiempo fue delicia
de tu Padre Don Alonso,
que campos de estrellas pisa:
tu hermano el Infante es este,
y esta, que ves afligida
junto á mí, es tu propia Madre:
todos, Señor, te suplícan,
que en cambio de la Ciudad
nos asegures las vidas:
solo en fe de tu palabra
besaremos tus invictas
plantas; pero si negado
á los impulsos que dictan
Dios y la naturaleza
en tus rigores porfias:
por los altos cielos juro,
que aunque la Ciudad consigas
solo encontrarás en ellà
tristes miserables ruinas;
pues resueltos á morir,
reduciéndola á cenizas,
será Toro de Numancia
la tragedia repetida.

Rey. Porque veas que pretendo
que acaben las tiranías
de las armas: á mi Madre,
mi Hermano, y quantos militan
à tus órdenes, gustoso
vengo en conceder que vivan;
pero tú, Martin, serás
quien apague de mis iras
el incendio: tu cabeza
ha de ser la prenda fixa
de la paz; dentro de una hora,
que doy de plazo, cumplida
he de ver la condicion
que te impongo: tú medita
lo que mejor te parezca,
que si el breve plazo espira
sin que en mi poder te pongas,
y tú á tí propio te rindas,
todos morireis.

Leon. Fortuna,
¿son penas para sufridas
las que tu rigor me impone?

Reyn. Hijo....

Mart. Señor....

Rey. Nadie insista
en súplicas importunas.
Mira lo que determinas. *á Mart.*

Mart. ¡Ah Rey! ¡qué poco conoces
el corazon que me anima!

Retiranse los del muro.

Mar. Por mas, Señor, que te enojes,
y por mas que me lo riñas,
no he de alzarme de tus plantas,
hasta lograr que reprimas

tanto rigor. Considera
que tus laureles marchitas:
que de tu historia será
la mancha mas conocida,
el sacrificio de un hombre,
que, dando honor á Castilla,
siempre al lado de tu padre
entre las huestes Moriscas, (zo
fue horror, fue asombro, fue el bra-
de la parca, y:::

Rey. No prosiga,
Señora, la intercesion.
El que necio solicita
penetrar las intenciones
del Soberano, peligra,
porque los pechos reales
son venerables enigmas,
cuyo velo no se corre
hasta que el tiempo descifra
las causas y los motivos.

Mar. Quedo, Señor, advertida:
pero solo vuestro honor
es el que á hablaros me obliga
de esta suerte: al campo vamos:
logróse la intencion mia. *ap.*

Vanse, y sale Martin y Leonor llorosa.

Mart. Entre tanto que tu padre,
y los demás se retiran
con la Reyna al Gavinete,
permite, Leonor querida,
que de tu dolor me queje:
no las rosadas mexillas
con amargo llanto bañes,
porque mas me martirizan
que el duro lance que aguardo
las penas que te fatigan.

Leon. ¿Piensas que soy insensible?
¿ó por ventura imaginas
que ver tan trágicamente
mis esperanzas perdidas,
finalizados mis gustos,
y malogradas las dichas
que me ofreció la fortuna,
feliz quando Dios queria,
á mis justos sentimientos
no ofrecen materia digna?
Cruel ¿así me abandonas?
¿Así sereno caminas
á la muerte? ¿No reparas
que toda el alma me quitas
en tí mismo? ¿Por ventura
ignoras que tan unida
está mi vida á la tuya,
que imposible es sobreviva
á tu muerte?

Mart. Ay, que es en vano
oponerse á la ojeriza
del destino; pues su ceño
á mi fin me precipita,
¿di qué puedo hacer?

Leon. Morir,
pero no de tan indigna
manera: toma las armas,
que aunque muger me exâminas,
tengo alientos varoniles,
y haciéndote compañia
muramos juntos los dos,
y las tropas enemigas
sepan que:::

Mart. Calla, Leonor,
que esas valerosas iras
no son del ánimo efecto,
sino de la cobardía
que en tí produce el aspecto
de las futuras fatigas.
La muerte me abre camino
fácil para que consiga
que la Reyna, y el Infante,
Nuño, tu padre, y tú misma
vivais en paz: ¿qué mas puede
apetecer mi hidalguía?
Si resistiera mas tiempo,
de la rabia vengativa
del Rey seriais despojos,
¿y no sería injusticia,
que vuestro fin permitiese?
¿Qué de mí el mundo diria?
Que por no saber constante
morir, á la prometida
fe falté, que fui verdugo
de la Reyna que afligida
me nombró su caballero;

y que llegó mi perfidia
hasta abandonar mi dama
á la furia executiva
de un sanguinario Monarca.
Quedaria obscurecida
de mis valerosos hechos
la historia con ignominia
de mi nacion, y:::

Leon. No mas:
basta, basta, no prosigas:
conozco de tus razones
la eficacia persuasiva:
morirás; pero yo ¡ay triste!
seré viuda tortolilla
que de su perdido esposo
llora la difunta vida,
enterneciendo á gemidos
el bosque y la selva umbria:
seré como flor caduca
que rustica planta pisa
dexando de su hermosura
toda la pompa marchita:
seré la yedra lozana
á quien, quando mas asida
al olmo verde, violento
golpe acerado derriva:
seré una sombra sin cuerpo,
un exemplo de desdichas;
una::: muger::: ay de mi!
siento::: que una angustia fria
todo el corazon me oprime:::
yo muero::: apenas respira
el pecho::: á Dios para siempre.

Cae desmayada entre sus brazos

Mart. ¿Leonor, Leonor, prenda mia,
qué tienes? ¡valgame el cielo!
¡Esto faltaba á la impía
fortuna que me maltrata!
Nuño, Soldados, marchita
y elada su hermosa téz
su próximo fin indica.

Salen la Reyna, Nuño, Garcia y Soldados.

Garc. ¿Qué es esto?

Reyn. ¿Qué ha sucedido?

Nuñ. ¿Qué estoy viendo? ¿Leonor? ¿Hija?

Mart. Estando hablando conmigo
la cogió un desmayo.

Reyn. Aprisa
llevadla, y haced que vuelva
en su acuerdo.

Nuñ. En este dia
¿qué viera yo sino males?

Llevanla Nuño, y Soldados.

Mart. Ya los instantes limitan
el corto plazo que el Rey
ha señalado á mi vida:
á morir voy:::

Reyn. Don Martin,
si pensais que envilecida
tengo el alma, en tanto grado,
que indiferente permita
vuestra muerte, os engañais;
me precio de agradecida,
y fuera borron muy feo,
el pagar las infinitas
obligaciones que os debo,
consintiendo que atrevida
la saña del Rey se cebe
en un hombre que podria:::

Mart. Tened, Señora, la lengua.
¿Qué medio habrá en tan prolija
desgracia para libraros?

Reyn. Disponga el hado, y decida
de nuestra suerte á su arbitrio;
mas si vos en tan florida
edad, dais tan altas pruebas
como la fama publica,
¿no sería crueldad
que torpemente remisa
dexase yo malogradas
esperanzas tan crecidas?

Mart. No señora, ese discurso
viene á ser sofistería.
Quando del último estrago,
quando de la comun ruina
es fianza sola mi muerte,
fuera grande tirania
el escusarla: á mas de eso,
si al torrente de las iras
del Rey ya no hay resistencia,
¿no será accion mas medida

á la prudencia que yo
mi propia vida le rinda?
Si de mi edad los verdores
vuestro corazon lastiman
es porque no los mirais
á las luces peregrinas
del honor: las almas viles
que al alto templo no aspiran
de la ilustre fama, y nunca
emprendieron cosas dignas
de la memoria, por mas
que por muchos siglos vivan,
viven poco; pero aquellos
que grandes hechos practican,
eternidades se labran
aún viviendo pocos dias.
En suma, no nos cansemos,
no os opongais á mi invicta
resolucion, no querais
que desesperado siga
mi intento por otros medios
que la precision me dicta. *Lloran*
¿Llorais todos? ¿Compasion *tod.*
es lo que merece envidia?
Esos débiles extremos
flaqueza cobarde indican.
Vamos, vamos, no se pierda
el tiempo. Por despedida,
Señora, solo os encargo
que de vuestra compañia
no aparteis á mi Leonor;
advertid que hacerla mia
pretendí; y pues el destino
aún este gusto me quita
consoladla: tú quanto antes *á Garc.*
vuelve á Navarra, y consiga
saber el Rey por tí mismo
el modo conque cumplidas
dexé mis obligaciones;
porque en los fastos se escriba
de nuestra Patria mi muerte,
y de ornamento le sirva. *vas.*
Reyn. Marmol soy, pues esta pena
del aliento no me priva. *vas.*
Garc. A pesar de su valor
todo el corazon vacila. *vas.*

Tiendas: lo interior de la del Rey estará cubierto en la forma que se quiera hasta su tiempo: salen el Rey, Don Mendo y Soldados.

Rey. ¿Está todo prevenido?
Mend. Si Señor; pero licencia
dadme, para que os pregunte,
¿si teneis por cosa cierta
que Abarca venga á entregarse?
Rey. Mendo, sé hasta donde llega
de ese Joven el valor,
tanto, que por estrañeza
tengo el no verle ya aquí.
En verdad, que ni la Grecia,
ni Roma pueden gloriarse
de tener hombre de prendas
mas altas... Doña Maria,
Sale Doña Maria muy triste.
¿qué teneis? ¿Por qué la bella
cara vestís con el luto
funesto de la tristeza?
Mar. Porque tengo desengaños
que el corazon me atraviesan.
Todo el mundo persuadido
vive á la falsa creencia
de que yo alcanzo de vos
quanto pido, y que la regla
de mi volundad es solo
norte fixo de la vuestra:
y ahora, Señor, que toco
quanto el vulgo incierto yerra,
desconsolada me miro,
y en sentimientos envuelta.
Por Abarca os he pedido,
por considerar que afea
todos vuestros altos hechos
su muerte, y quando pudiera
lisonjearme de alcanzar
lo que á vos os interesa
mas que á nadie, mi cariño
solo desdenes encuentra.
Rey. Ya os he dicho que jamás
me hableis en esa materia.
Mar. Es verdad; pero si todas
vuestras acciones tropiezan
en mí, teniendome todos

por causa primera de ellas,
¿no he de sentir que una vida
tan heroica y excelsa
como la de Abarca llegue
á acabar á la violencia
de vuestro rigor? Seré
desde ahora de la Reyna
vuestra Madre aborrecida,
pensando que tan severa
órden pude suspender,
y no lo hice: y quando atenta
á vuestro honor, mas que á todo,
quiero escusaros la negra
mancha que:::
Rey. Callad, Señora,
no querais de mi paciencia
abusar: mucho os estimo,
mas no para consejera.
Dentro caxas y roncas sordinas.
¿Pero qué es esto? ¿qué caxas
y tristes sordinas pueblan
el ayre de roncos ecos?
Mend. Abarca es este que llega.
Rey. ¡Oh! prodigioso mancebo *ap.*
digno de memoria eterna.
Salen Martin, Nuño, Leonor, Garcia, y la Reyna con el Infante y Soldados: Martin se postra al Rey.
Mart. A vuestros pies, gran Señor,
Don Martin de Abarca llega,
que de la fortuna ciega
sabe triunfar el valor:
á la cumbre del honor
hoy me remonta la suerte,
con pecho sereno y fuerte
con mi vida finalizo;
¿pero si así me eternizo,
qué mas vida que la muerte?
Esta es la valiente espada
que siempre me acompañó;
el Alarbe la tembló,
nunca se vió desayrada:
jamás pensé que humillada
la viera sin sentimiento;
pero hoy la miro contento
á vuestras plantas con gloria,
porque así de mi memoria
será el mejor monumento.
Poco á mi cuna debiera,
poco á mi Rey obligára,
si yo cobarde escusára
el noble fin que me espera;
no una vida, mil quisiera
tener, y todas rendidas
se vieran favorecidas
del golpe de tu tesón;
y aun por tan justa razon
serían pocas mil vidas.
Rey. Bien está: ¿Mendo?
Levántase Martin.
Mend. ¿Señor?
Rey. Llevadle, y con diligencia
executad mis mandatos.
Cogen Mendo y Soldados en medio á Martin.
Reyn. Señor, mirad...
Rey. Nadie quiera
oponerse á mis decretos.
Mend. Venid.
Mart. A Dios Leonor bella:
Señora, Nuño, Garcia,
á Dios para siempre. *Llevanle.*
Leon. Espera,
Martin, y ya que es preciso
morir, contigo fallezca,
y será dulce mi muerte.
Crueles, si de mi adversa
fortuna piedad os mueve
respetad el alma excelsa
de tan magnánimo pecho
y en el mio la fiereza
executad del cuchillo.
Reyn. ¿Posible es que la diadema
de Castilla adorne y ciña
la frente de quien ostenta
alma tan endurecida?
¿Y es posible que yo sea
tu Madre? ¿Dónde aprendiste
de los rigores la escuela?
Si los heroycos hechos
tan trágicamente premias,
¿qué pueden de tí esperar

los que siguen tus vanderas?
¿de la Magestad el brillo
desluces de esta manera?
¿Que dirá de tí la fama?
¿Las naciones extrangeras
qué dirán, quando supieren
que tan severo condenas
los esfuerzos generosos
de un hombre, cuya nobleza
sacrificó sus alientos
por librar los que debieras
llenar de bienes, siguiendo
la ley de naturaleza?
Coge al Infante de la mano.
Este es tu hermano; él y yo
si aun tus entrañas sedientas
están de sangre:::
Rey. Ya basta.
Estadme todas atentas.
De vos he oido agravios; *á la Reyn.*
y de vos escuche quejas: *á Pad.*
de Leonor, Nuño, y Garcia
claramente manifiestan
los melancolicos rostros
que mis leyes vituperan.
Pues añadid á todo esto
que á Don Martin en la deuda
estoy de la vida; él fue
el que me dió con cautela
noticias de las traiciones
de Guillen, que en la palestra
del Campo rindió á sus manos
su espíritu.
Leon. ¿Esto mas, penas?
Mar. ¡Qué escucho!
Reyn. ¡Monstruo horroroso!
Nuñ. ¡Que ingratitud!
Garc. ¡Que vileza!
Rey. Ahora sí que registro
las criminosas idéas
que me aplicais, el odioso
colorido que presenta
á vuestros ojos mi vista,
sin que de vosotros sepa
alguno, que puedo á todos
dar satisfaccion completa
de todos mis procederes.
Todos ¿Y qual puede ser?
Rey. Es esta.
A una seña del Rey, Mendo, que estará oculto, corre una cortina, y se descubre la magnífica Tienda del Rey cortada en la forma que se quiera; pero de modo que en su ancho recinto se vea un Trono de graderia que remata en un pavellon formado de Vanderas y Estandartes: baxo él estará Martin sentado con corona de laurel, manto Real y baston en la diestra, y adornado de las demás armas: á sus pies, y por los extremos de la graderia habrá (como tapetes) caxas, morriones y demás trofeos militares: dentro música marcial, y dicen.
Dent. Viva el grande Rey D. Pedro,
que así las hazañas premia.
Leon. ¡Qué miro!
Reyn. ¿Martin?
Nuñ. y Garc. ¿Amigo?
Rey. Miradle bien: su cabeza
el sacro laurel adorna,
mi Real manto le cuelga
de los hombros, mi baston
honor consigue en su diestra.
¿Estais satisfechos todos?
Pues ahora solo resta
que baxes, glorioso jóven,
Baxa Martin, y abraza al Rey.
á mis brazos: ellos sean
mi mejor descanso: manda,
pide, dispon, y decreta
quanto gustes: todo es tuyo.
Mart. Señor, las honras que empleas
en mí me bastan por premio;
y ahora con tu licencia
quiero abrazar al Infante
Abraza á todos menos á Leonor.
y á todos: mas la belleza
de Leonor, es un cristal
que mi amor fino venera,
y hasta que me deis permiso
para que en dulce union pueda:::

Rey. Nuño es su padre.
Nuñ. Señor,
mi mayor ventura es esa.
Mart. Llega á mis brazos, Leonor.
Dá la mano, y abraza á Leonor.
Leon. ¡Felíz dichosa cadena!
Rey. Yo seré vuestro padrino,
y correrán por mi cuenta
vuestros aumentos: ahora
á la Reyna.
estareis ya satisfecha.
Quiere postrarse, y él la detiene.
Rey. No Señora: agraviar fuera
vuestro respeto: mis brazos
serán mejor: dé la vuelta
la Tropa á Toro, diciendo
en militares cadencias :::
Caxas y voces.
Tod. Viva el grande Rey Don Pedro,
que así las hazañas premia.

FIN.

A los Señores inteligentes.

Bien sé que este Comedion
nada es de lo que parece,
y que de unidad carece,
de lugar, tiempo y accion:
preguntareis ¿qué ocasion
hace mi pluma propensa
á un error tan sin defensa?
pero á esto baste que os diga
que necesidad obliga
á lo que el hombre no piensa.

Se hallará en el Despacho principal del Diario de Madrid; en su puesto, Puerta del Sol; y en el de frente de Santo Tomás, á dos reales.

Adviértese que las marcadas como en la primera plana son sacadas del Original, con licencia del Sr. Juez de Imprentas, en la de D. Blas Román, y las de sin igual circunstancia deben ser denunciadas.